Un infierno en nombre de Dios

viene de la **página anterior**

das de arma blanca en el estómago y de martillo en la cabeza", dice Patrick Mugizi, responsable policial del distrito de Rukungiri, al que pertenece la aldea de Kanungu, y que desde el viernes dirige parte de las pesquisas. "Sospechamos que unos fueron rematados a golpes y machetazos y otros perecieron envenenados por oponerse a las órdenes de sus líderes".

Este hallazgo ha dado un vuelco a la investigación, transitando de la hipótesis primera de suicidio colectivo a la más firme de asesinato masivo. El descubrimiento este viernes de un segundo campo de exterminio, con más de 150 cadáveres de presuntos miembros de la secta en Buhunga, aldea distante en 60 kilómetros de Kanungu, refuerza la nueva línea investigadora. Estos muertos de Buhunga, la mayoría mujeres y niños, presentan síntomas de estrangulamiento: cuerdas raídas apretadas alrededor del cuello, restos estropajosos de túnica sirviendo de soga de tela... Los médicos forenses aún no han determinado la fecha de su fallecimiento —la putrefacción juega en contra de la ciencia en el Tercer Mundo—, pero aventuran que podrían llevar enterrados meses o incluso un año.

Assuman Mugenyi, portavoz de la policía, dibuja cansino sobre una hoja en blanco un rectángulo y habla despaciosamente. "La iglesia de Kanungu tenía 114 pies de largo por 20 de ancho; siete ventanas a cada lado y tres puertas. Por lo que sabemos hasta ahora, todas las salidas fueron selladas por dentro y por fuera con maderas y clavos; todas, menos la puerta principal, por donde debieron de acceder los fieles en la mañana del 17 de marzo. Esa puerta daba a un vestíbulo de 400 pies cuadrados. Un muro y otra puerta interior lo separaban del resto de la nave. Tenemos pruebas de que en el interior del templo había unos 86 contenedores de plástico con gasolina mezclada con 40 litros de ácido sulfúrico". Mugenyi se recuesta en la butaca de su despacho de la sexta planta del Ministerio del Interior en Kampala. Tras tomar aliento con exageración, prosigue su relato de los hechos: "Gasolina y ácido; se trata de una combinación muy inflamable y tóxica. Ni a usted ni a mí nos daría tiempo a alcanzar con vida esa ventana", dice señalando la que tiene pegada en la espalda. "Esa gente se hallaba en el templo a oscuras, alumbrándose con velas y cantado sus salmos cuando sucedió el desastre. Lo que no sabemos aún es por qué se produjo la explosión ni quién la causó. Pero el fuego debió de propagarse con celeridad. Dos de los cuatro jefes más destacados de la secta [se refiere a Dominic Kataribaabo y John Mary Kasapuarli] perecieron en el vestíbulo; al parecer, no tuvieron tiempo para salir: las llamas los devoraron en segundos; debieron calcular mal", dice con una sonrisa. "Sus cuerpos ya han sido identificados".

Uganda, como parte de África y del llamado Tercer Mundo, es una tierra fértil para predicadores sin escrúpulos, embaucadores de toda ralea, engañamonas y timbalistas visionarios. Aquí, los mercados de Dios y del diablo se estrechan la mano a través de una delgada frontera que separa el bien del mal. La libertad de culto que ampara la actual Constitución ugandesa ha servido para que, en palabras de Narcissus Begumisa, párroco católico de Kanungu, "cualquiera con dinero pueda montar su propia iglesia y buscarse una clientela fiel". El padre Begumisa se extraña de que personas tan preparadas como Kataribaabo (doctor en teología) y Kasapuarli, ambos sacerdotes ex comulgados por la Iglesia católica, abrazaran esa senda. "Hablé con ellos una vez", dice en el salón de su casa. "Fue hace unos dos años. Mi misión consistía en lograr una rectificación, que solicitaran el perdón del obispo Bakyengo [responsable de la provincia occidental de Uganda] y que regresaran a la fe en la que fueron bautizados. Fracasé. Pero no me parecieron unos locos; estaban convencidos de que el mundo se iba a terminar en el año 2000, o que nacería una nueva generación de hombres, y de que los demás nos condenaríamos al rechazar su renovación de los mandamientos".

Paddy Musana, experto de la Universidad ugandesa de Mekerere, declaró el miércoles al diario local *The New Vision:* "La religión puede ser peligrosa cuando una persona capaz sabe combinar un supuesto mensaje entregado directamente por Dios con la miseria y el analfabetismo de quienes lo escuchan y adoran". Por eso, señala Musana, con mucha frecuencia esos *elegidos* dejan de ser meros transmisores para convertirse en unos dioses reencarnados. El padre Begumisa defiende una idea similar: "Los líderes máximos de la secta de los restauradores de los mandamientos [Joseph Kibweetere, de 68 años, y Caledonia Mwerinde, de 45, ambos desaparecidos], proclamaban su contacto privilegiado con la Virgen y Jesucristo, quienes, según ellos, les transmitían sus palabras sin intermediarios. Para nosotros, la Iglesia católica, resulta muy complicado combatir ese mensaje; la gente, que es muy pobre y carece de toda esperanza, lo escucha y sigue".

En Nigeria, otro de los edenes privilegiados para los flautistas de Hamelín, el párroco de la iglesia católica de la Anunciación de Lagos me comentó en febrero de 1999: "Ellos tienen una enorme ventaja sobre nosotros, prometen el milagro, la solución instantánea de todos los problemas. Contra eso no se puede competir. Nosotros sólo hablamos de mansedumbre, resignación y de vida futura. Pero no podemos alterar por ello nuestra doctrina de la fe".

Ishayirio rwa María, el *paraíso* terrenal de la secta, fue concebido como una nueva arca de Noé para la salvación eterna. Seguidores procedentes de diversas zonas del país, (Bushenyi y Rukungiri sobre todo) y del norte de Ruanda, se dieron cita en diciembre de 1999 en el villorrio de Kanungu para efectuar los preparativos ante la llegada inminente del apocalipsis: vendieron sus casas, animales y ropas dejando tras de sí un camino sin retorno. El dinero, recaudado por los líderes supremos, fue destinado, en parte, a la manutención del centro. Del resto, nada se sabe; sólo dimes y diretes, como aquel que situaba en el año pasado a Kibweetere de gira europea en pos de una réplica exacta y costosísima de la verdadera arca de Noé.

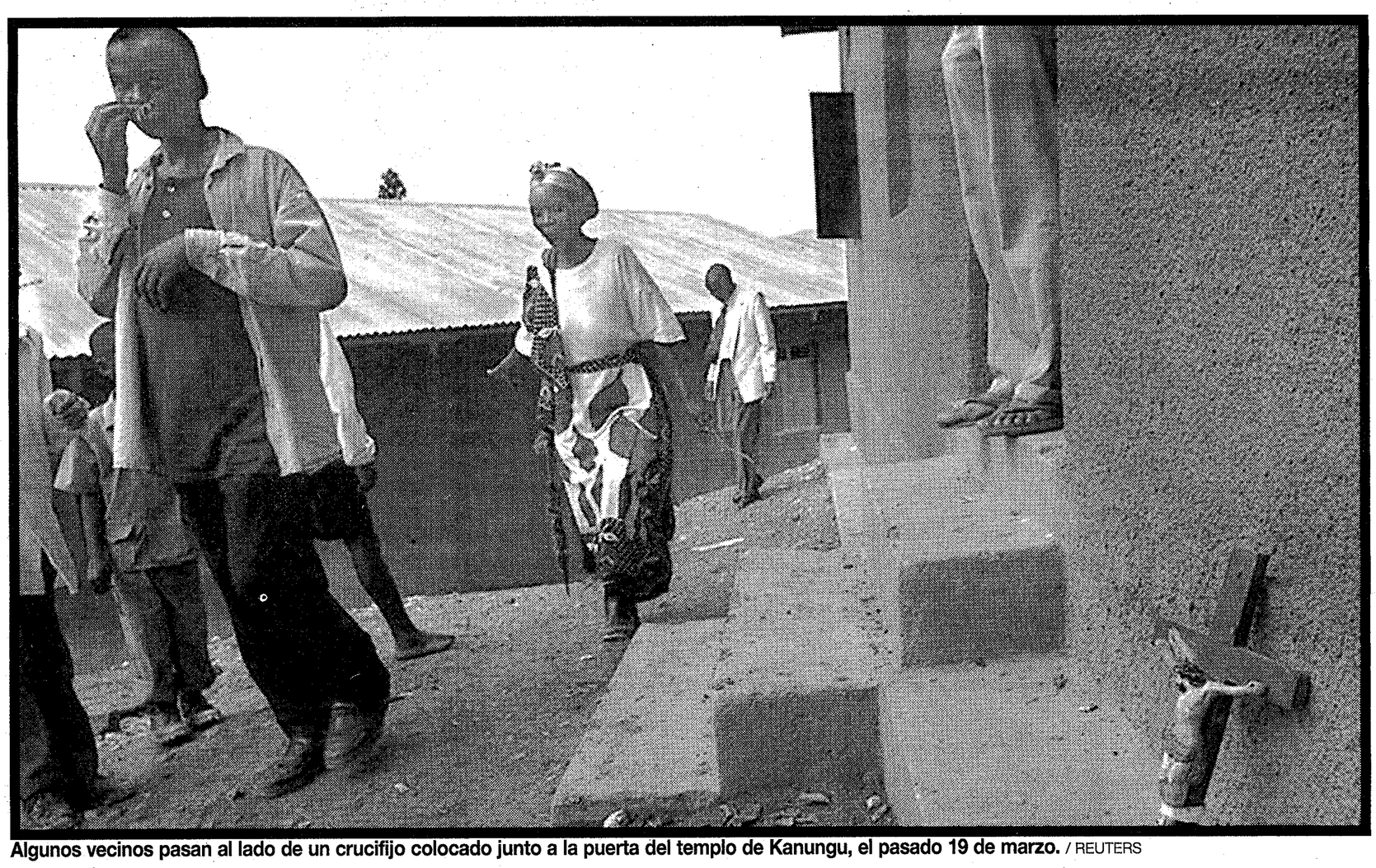
"NADIE PUEDE ADMITIR QUE LOS NIÑOS ACCEDIERAN LIBREMENTE AL SUICIDIO", EXPLICA UN PORTAVOZ DE LA POLICÍA

La secta es originaria de la aldea de Muhenda, a unos 45 kilómetros de Kanungu, en donde la Virgen María se apareció por primera vez al *obispo* Kibweetere (así se hacía llamar) en 1990. Su posterior encuentro con Caledonia, una ramera jubilada por los años y los excesos, y miembro entonces de otra secta milenarista gemela, les llevó a fundir su destino tomando la decisión de trasladar el centro principal de los *restauradores* a Kanungu y ocupar así un hermoso terreno asentado en un promontorio propiedad de Caledonia, quien lo prestó gustosa a la organización sin cobro de alquiler alguno. Corría el año 1996. Allí, en esa aldea desparramada en cuatro casas de Kanungu, los primeros adictos a los diez mandamientos restaurados se afanaron en *botar* su arca de protección: iglesias, salas de reunión, huertos frondosos, cercas para animales de tiro y de matadero, colegios y viviendas varias.

¿Suicidio o asesinato? Las dudas se despejan cada día, cada hora. Además de los macabros hallazgos de Buhunga, la presencia de 78 cuerpecillos de infantes entre los cadáveres devorados por las llamas en Kanungu reforzó la segunda hipótesis. "Nadie en su juicio puede admitir que los niños accedieran libremente al suicidio", exclama el portavoz de la policía en Kampala, Assuman Mugenyi. Pero hay más datos esclarecedores. El doctor Emmanuel Atuhairme, uno de los primeros en alcanzar la finca en aquella mañana del viernes 17 de marzo, destaca, con la expresión torcida, que la mayoría de los cuerpos se encontraban arracimados delante de la puerta sellada con clavos y situada enfrente de la de acceso. "Su actitud era de gente que trataba de escapar con desesperación de ese lugar". Otro forense, James Hadiza, que atiende resollando a la conversación, asiente de forma mecánica: "Sí, además, la forma en la que quedaron la mayoría de los cadáveres transmitía desesperación y angustia". "Nunca he visto algo así de espantoso en mi carrera médica", interviene de nuevo Atuhairme, de 35 años. "A veces dos o tres cadáveres calcinados en un accidente de automóvil, pero jamás cientos de seres humanos destruidos por el fuego de esa manera, reducidos a la nada. Hemos podido confirmar la existencia de 335 cuerpos completos, pero si añadimos a esa cifra otros 200 que se volatilizaron en cenizas, no es ninguna exageración, es la pura verdad".

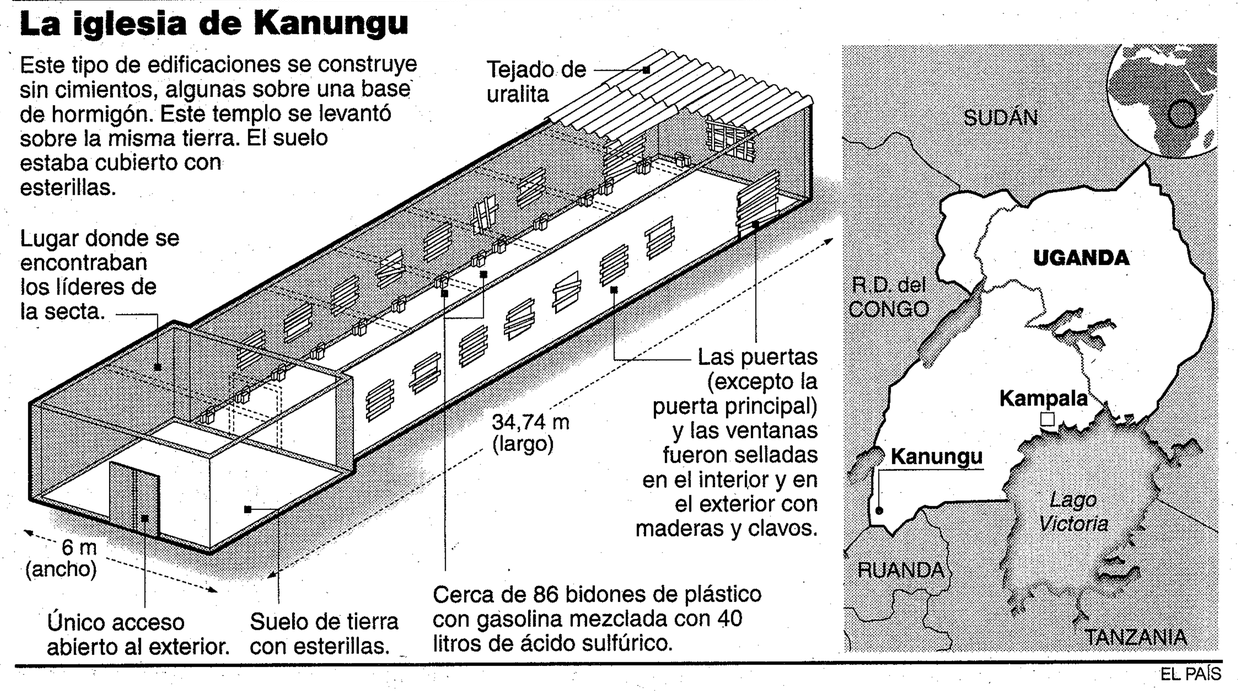
Emmanuel defiende una teoría. "He hablado con personas aquí y allá, y me da la impresión de que esa pobre gente entró en el templo por propia voluntad, convencidos de que iban a ser salvados. Esperaban la llegada de Dios para rescatarles en su arca de Noé. Por eso no opusieron resistencia alguna al ver las ventanas claveteadas: estaban así para protegerles de la destrucción exterior. Dudo que su visión de la llegada redentora de Dios fuera la de morir abrasados".

Una testigo, la señora Bedda, de 32 años, vive enfrente de la finca de los *restauradores.* Tiene seis



Algunos vecinos pasan al lado de un crucifijo colocado junto a la puerta del templo de Kanungu, el pasado 19 de marzo. / REUTERS

La iglesia de Kanungu



EL PAÍS